# *Danza para violín y revólver*

(Premio Castilla-La Mancha de Teatro 1991
a *Danza de ausencias*,
conjunto de monólogos en el que se incluyó esta pieza)

Jesús Campos García

*Habitación confortable y ordenada, con cierto aire burgués. En el centro, una mesa camilla y dos sillones de oreja; en uno de ellos,* LUISA, *de unos cuarenta y cinco o cincuenta años, algo desarreglada, cansada, enferma. Poca luz, la que penetra por los visillos del mirador, y algún aplique de pared. En el magnetofón se escucha la "Partita nº 2 in D minor" para violín, de Johann Sebastian Bach.*

*Acceso de tos, pañuelo, jarabe, gotas... Llaman a la puerta.*

**LUISA**

Sí. Sí. ¿Quién es?

*Mientras se incorpora lentamente, vuelven a llamar.*

**LUISA**

Sí. Sí. Ya voy.

*Se apaga la luz.*

**LUISA**

¡Vaya por Dios! ¿Qué pasará ahora?

*Insisten en la llamada.*

**LUISA**

Un momento, un momento. *(Para sí.)* Mira también

que la oportunidad... *(Alzando la voz.)* Un momento, que se ha ido la luz.

*Tropieza con el revistero.*

**LUISA**

¡Ay! Leche con... No hay forma de que estén las cosas en su sitio.

*Al abrir la puerta, entra luz de luna desde el rellano de la escalera; algo menos que la que ilumina por el balcón.*

**LUISA**

¡Ah! ¿Es usted? Vaya por Dios. No, no le esperaba. Claro, recibió mi llamada. Qué cabeza la mía, me olvidé por completo. No tenía que haber venido. Cuánto lo siento, cuánto siento haberle hecho venir. Ha sido un fallo imperdonable. Tenía que haberle avisado. Fue un mal momento, ya sabe. No es que llamara por llamar, no; pero, gracias a Dios, ya estoy muchísimo mejor. Y no es que me encuentre bien del todo, estoy algo indispuesta todavía; natural. Pero vamos, bien.

*Indecisión. Hace una pausa con la esperanza de que la visita se despida, pero no ocurre así.*

**LUISA**

Bueno, no sé. También hay que ver la fatalidad. Créame que lo siento; siento mucho haberle molestado, lo siento realmente. No sé qué puedo hacer. En fin, si volviera a necesitarle... La verdad es que me precipité. De todos modos, supongo que no será la primera vez que le ocurre una cosa así. Y no es que quiera restarle importancia, no, no es eso. Bueno, espero que lo entienda. Y repito: le llamaré, le llamaré si fuera necesario.

*Pausa incómoda. Ruidos lejanos de tormenta.*

**LUISA**

Si quiere pasar... Ya le digo que no hace falta, pero si quiere pasar y descansar un rato... Está todo revuelto, y por si fuera poco, el fastidio del apagón; pero puede pasar y hacerme un poco de compañía mientras vuelve mi hijo.

*El* VISITANTE *entra en la habitación y ella cierra la puerta.*

**LUISA**

Pase, venga. No sé qué habrá pasado con la luz, debe

ser general. Venga y siéntese aquí, aquí en la butaca estará más cómodo.

*Tropieza el* VISITANTE *con el revistero con el que antes tropezó* LUISA.

**LUISA**

¡Cuidado! ¡Vaya por Dios! Perdone el desorden, pero estos días no estaba para nada y anda todo manga por hombro. Por aquí, venga por aquí. Hay que ver también la oportunidad. Siéntese aquí. Espere, voy a quitar esto de en medio. Tanto trasto... Es el revistero, lo trajimos de Roma; antes tropecé yo también. No sé para qué tanto estorbo, luego las revistas andan siempre tiradas por ahí... Pero, ya sabe, la manía de los recuerdos; se van comprando cosas... Bueno, perdone, no le he ofrecido nada, ¿le apetece tomar algo? No sé qué tendré, pero algo habrá por ahí... Por más que... ¡Qué barbaridad!, qué torpe soy, ¿cómo no se me habrá ocurrido antes? Le tengo a oscuras cuando, verá, para mí que debo tener una vela por un cajón de éstos.

*Revuelve en los cajones del aparador.*

**LUISA**

Pues hacía tiempo que no había apagones; no sé qué habrá podido ocurrir.

*Gran relámpago.*

**LUISA**

Santa Bárbara bendita que en el cielo estás... *(Masculla la oración.)*

*Trueno seco.*

**LUISA**

¡Vaya por Dios!, lo que nos faltaba, pues sí que está la noche... Claro, eso habrá sido. Seguro, es cosa de la tormenta. A mí no es que me impresionen, pero vamos, tampoco es que me hagan gracia. No comprendo cómo puede haber a quien le gusten. Aquí está, ¿ve?, sabía yo que tenía un cabo de vela aquí en el aparador. Y sin embargo, mire usted por dónde, a mi marido, Dios lo tenga en su Gloria, a mi marido le gustaban. Fue algo que nunca entendí; tantas cosas no entendía… Pero le gustaban. Figúrese: le gustaban las tormentas. ¡Qué hombre! Parece que lo estoy viendo. Y había que verlo: se ponía como loco; cuando había tormenta, se ponía a cantar... ¡Y cómo cantaba! ¡Santo cielo! A voz en grito, como si quisiera echarle un pulso a los truenos. Siempre pensé que esos

desvaríos eran cosas de la guerra; afición a la muerte y a la pólvora, ya sabe. Él sirvió de alférez de complemento en artillería; estuvo en el frente de Guadalajara. Lo que no encuentro son las cerillas. ¿Lleva usted fuego? *(Pausa.)* El caso es que debo tener una caja por aquí. No, deje deje, espere, ya tengo yo.

*Prende la vela y, casi simultáneamente, vuelve la luz.*

**LUISA**

Esto sí que es bueno, pues ni aposta, qué barbaridad, nunca me había pasado una cosa así. Qué coincidencia, las cosas que pasan. Esto me recuerda un verano en Lanjarón, en el Balneario. ¿Conoce el Balneario? Pues una noche...

*Le da un repeluzno y estornuda.*

**LUISA**

¡Vaya por Dios! He debido de coger frío. Claro, estaba amodorrada, estaba ahí con la manta y al levantarme... al abrir la puerta... Sí, eso ha debido ser. Bueno y que la estufa no calienta demasiado; como ayuda no está mal, pero cuando quitan la calefacción, se pasa francamente mal. La manía de encenderla y apagarla a fecha fija; debería ser según el tiempo que hiciera, pero no: de tal a tal día; y da lo mismo que te achicharres o te hieles, como a ellos les da igual... Dicen que es por la contrata. Y ahora no importa tanto, porque ya hace tiempo que no toco, pero cuando estaba en la orquesta, tenía la obsesión de que se me helaban los dedos. Hasta lo soñaba: soñaba que se me congelaban y no podía tocar. Siempre me obsesionaron las manos, especialmente la izquierda. Cuando trajinaba en la cocina, qué angustia, siempre pensando en que podía accidentarme los dedos. *(Mirándose las manos.)* Y es lógico, han sido años y años almacenando aquí todo lo que soy: agilidad, velocidad, precisión... Han sido... Bueno, toda la vida trabajando para la música. *(Suspirando.)* Mal oficio. Si volviera a nacer... Si volviera a nacer, volvería a hacer lo mismo; es muy ingrato, pero haría lo mismo. Le estoy aburriendo: hablo hablo hablo... Voy a sentarme yo también un rato, creo que me estoy esforzando demasiado.

*Se sienta lentamente en el otro sillón y se cubre las piernas con una manta de viaje.*

**LUISA**

No, no es que esté mal, pero a veces me fatigo. La verdad es que estoy hecha una calamidad: artrosis,

diabetes, la úlcera, la boca que la tengo fatal... una ruina. Pero qué quiere, aquí, aguantando.

*Queda un momento escuchando la música.*

**LUISA**

¿Le gusta? Fue mi primer concierto, mi padre lo grabó. Bueno, no el primero exactamente, yo había tocado ya antes en el Conservatorio, pero fue el primero que di como profesional. Qué revuelo. En casa se armó tanto lío como el día de mi boda. En la familia siempre hubo mucha afición. Una tía, hermana de mi madre, fue cantante profesional, y mi padre empezó piano, aunque luego lo dejó, pero vamos, que se vivía. Y qué miedo, pánico, no sentía las piernas; las manos sí, las manos estaban seguras, pero las piernas... Está mal, es injusto, las cosas deberían ser de otro modo; te pasas la juventud trabajando para expresarte con la música y luego no hay forma de disfrutar; esa horrible sensación de estar siempre examinándote. Porque ésa es la sensación, nunca estás relajada; a solas sí, pero en público es otra cosa. Se ha trastocado todo, es una obsesión, la perfección es una obsesión, y es importante, no digo yo que no, pero no puede ser lo fundamental: la emoción es lo fundamental; y eso, qué pocas veces... Se lo digo de verdad, qué pocas veces...

*Se produce de nuevo una pausa; en esta ocasión, cómoda, natural. Del* VISITANTE *apenas alcanzamos a ver la mano, enfundada en el guante, que descansa sobre el brazo del sillón.*

**LUISA**

Por cierto, ¿a usted le gusta la música? A mí siempre me gustó; ya sabe, desde pequeña no se oía otra cosa en casa. Bueno, en realidad lo que siempre nos gustó fue la vida. Papá era un vitalista, él nos enseñó... Él nos dio el entusiasmo por la vida. Nos enseñó a vivir. Y la música ha sido eso: una forma de vivir intensamente. Es otro tiempo, la música es otra velocidad; hay que tener cierta sensibilidad, y no digo que a quien no le guste no sea sensible, no, no es eso. Hace falta tener cierta costumbre, educar el oído. Mi marido, el pobre, tenía un oído enfrente del otro; "tímpanos de hormigón", le llamaba yo. Nunca llegué a entender por qué me casé con él. A lo más que llegaba era al pasodoble... ¡Uhm, misterios! ¿Quién me iba a decir a mí que iba a pasarme la mitad de la vida junto a un cazador? Claro que era un buen mozo y a esa edad... Además, ya estaba empezando a tener complejo de soltera; entonces había que casarse, no es como ahora. Y nos casamos, vaya que si nos

casamos; y no nos fue del todo mal. No, la verdad es que no fueron malos años; y aunque no teníamos nada que ver el uno con el otro, las cosas no nos fueron mal del todo; al menos hasta que nació Carlos. Hasta que tuve al niño todo fue estupendamente, después... las cosas fueron a peor. En fin, mejor dejarlo, los malos recuerdos más vale... Por cierto, Carlos debe estar al llegar; a la hora que es, ya debe haber dejado a la novia en casa y seguro que viene para acá; aunque con la tormenta... A propósito, verá, yo quería pedirle… No es que quiera echarle, espero que lo entienda, pero no me gustaría que le viera aquí; se alarmaría y no quisiera preocuparlo. No es que tenga que marcharse precipitadamente, no, no es eso. Él suele entretenerse a tomar una copa con los amigos; claro que hoy, con la tormenta, como sabe que estoy sola... No me gustaría que, si por casualidad se adelantara... Lo entiende, ¿no? Además, que no hay necesidad. Si fuera necesario... Pero ya le digo. Y que sólo me faltaba eso: se pasa todo el santo día dándome la lata con que me cuide, se empeña en que no estoy bien; para que encima se enterara de que le he llamado. Y no me molesta que me cuide, al contrario: me divierte.

*Comienza a llover fuertemente. Luego, durante el transcurso de la escena, amainará.*

**LUISA**

Menos mal, mejor que descargue, una tormenta seca... Verá, le iba diciendo... ¡Ah!, sí, lo que pasa es que desde que nos dejó su padre, él ha querido... pues eso, ocupar su puesto; siempre ha estado... Vamos, que se ha sentido responsable. ¿Usted conoció a mi marido? Qué tonta, claro que lo tuvo que conocer, no había caído. Pues Carlos es igual de testarudo, a veces llega a resultar pesado, pero en el fondo he de reconocer que me divierte. Es difícil de explicar, pero haberlo tenido de niño, así, pequeño; haberle dado el pecho; haberle vestido; verlo crecer, que es que notas el tiempo más en él que en ti, porque en una pasan los años, pero en él... verlo día a día... Y de pronto, se te hace un hombre y te dice cosas como que no abras la puerta sin echar la cadena, o que te abrigues antes de salir… Cosas tontas, pero que son las mismas que yo le decía. Y cuando me las dice, no, pero cuando me acuerdo, cuando pienso en mi hijo regañándome por andar descalza o por salir desabrigada, es que se me saltan las lágrimas.

*Quita la manta de sus piernas.*

**LUISA**

Y ya sí, ahora debe irse. Créame que me resulta

violento pedírselo, pero comprenda: no debe verle aquí. Lo siento, de verdad, estoy avergonzada de haberle hecho venir sin motivo. Bueno, tampoco sin motivo, hubo un momento en que sí, en un principio... Pero en fin, ya pasó. Y le repito que me encuentro... vamos, que estoy bien.

*Levantándose.*

**LUISA**

Le acompaño.

*Va hacia la puerta y, al ver que el* VISITANTE *no se incorpora, se detiene.*

**LUISA**

Verá, creo que he sido bastante clara y espero que lo comprenda: no quiero que mi hijo le vea aquí. Insisto: ha habido un malentendido y soy la primera en lamentarlo, pero no puedo hacer otra cosa. Además, no entiendo, no acierto a entender su actitud. Si le he invitado a que pasara, ha sido sólo por cortesía; me parecía una desconsideración despedirlo en la puerta después de haberle hecho venir. Bueno, y también, por qué no decirlo, por charlar con usted. Me apetecía. Confieso que hay algo en usted que no sabría explicar, pero siento como si su compañía me hiciera bien. A pesar de todo, no quiero que se encuentre aquí cuando regrese mi hijo. Carlos no debe saber que le he llamado. *(Por momentos se pone nerviosa y pierde la compostura: a veces agresiva, a veces suplicante.)* Pero, pero ¿por qué no se marcha? ¿Qué es lo que quiere de mí? Lo siento, pero su comportamiento me parece totalmente irregular. Usted sabe lo unidos que estamos desde la muerte de su padre, se llevaría un gran disgusto si se enterara; no veo por qué tenemos que preocuparlo. Déme una razón, pero diga algo. Márchese, o dígame al menos por qué no se marcha. Déme una explicación. Que yo le haya llamado no es motivo para que se comporte así. No no no no no no, no puede, no puede hacerme esto. Va a conseguir ponerme nerviosa. No quiero ser descortés, pero si no se marcha... Si no se marcha... O bueno, mire, déjelo, es igual; si quiere, quédese... Me encuentro mal, me cansa todo esto; además, tampoco es tan grave. Me duele por Carlos, pero qué más da; tarde o temprano, acabará por enterarse… *(Tras una pausa recupera el ímpetu.)* Por favor, márchese, se lo ruego. No debí llamarle. Sabía... Lo sabía. Sabía que esto iba a ocurrir. Fue un error. Por lo que más quiera, se lo suplico, por favor, márchese. Sólo va a conseguir que vuelva a sentirme mal. Estoy empezando a perder la cabeza. ¿Cómo quiere que se lo pida? Creo... Creo que voy a desmayarme. Márchese.

LUISA *se desvanece, sin llegar a caer al suelo, al apoyarse en el respaldo de su sillón.*

**LUISA**

No... no ha sido nada. Creo... Creo que ha sido... Ha debido ser...

*Se incorpora.*

**LUISA**

No se preocupe. No, no es nada; ya... ya me encuentro mejor. Es la tensión, ¿sabe? Me ha ocurrido otras veces, me tomo una cosa de ésas y enseguida se me pasa. Tengo que cuidarme. Tiene razón mi hijo, a mi edad hay que estar más pendiente de cómo funciona todo.

*Lentamente, el* VISITANTE *eleva la mano derecha, en la que lleva un revólver.*

**LUISA**

No... verá, a mí siempre... Bueno, siempre tuve la tensión baja.

*Chasquido del revólver. Alcanza brillantez el concierto. En* LUISA *se produce una transformación que, pasando por la resignación, llega a la serenidad.*

**LUISA**

*(Habla lentamente, saboreándolo.)* Buen concierto, ¿verdad? Qué bien está vivir. Agota, pero merece la pena.

*La* MUERTE *dispara.* LUISA *acusa el impacto de la bala. Sonríe. Y se desploma en el sillón.*

**LUISA**

*(Tras una pausa.)* Nunca tuviste buen oído, pero hay que reconocer que sabes disparar.

LUISA *muere y* LA MUERTE *se alza con la guadaña y danza al compás que le marca* EL ESQUELETO *de un niño, con su tambor y su cencerro, mientras* EL HOMBRE DEL SACO*, con su carga de osamentas, cruza mirando a los espectadores.*